Ivan Morris

La nobleza del fracaso

Héroes trágicos de la historia de Japón

Traducido por Paloma Tejada Caller



Título original: The Nobility of Failure. Tragic Heroes in the History of Japan

Primera edición: 2010 Segunda edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Franz von Stillfried-Ratenicz: Samúrai (1881),

fotografía coloreada a mano

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1975 by Ivan Morris © de la traducción: Paloma Tejada Caller, 2010 © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010, 2018 Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15 28027 Madrid www.alianzaeditorial es

ISBN: 978-84-9181-104-6 Depósito legal: M. 5.682-2018 Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Dedicatoria y agradecimientos
- 17 Introducción
- 1. Yamato Takeru. Siglo IV
- 40 2. Yorozu. Siglo VI
- 59 3. Arima no Miko. Siglo VII
- 4. Sugawara no Michizane. Siglos IX y X
- 5. Minamoto no Yoshitsune. Siglo XII
- 179 6. Kusunoki Masashige. Siglo XIV
- 236 7. Amakusa Shirō. Siglo XVII
- 292 8. Ōshio Heihachirō. Siglo XIX
- 349 9. Saigō Takamori. Siglo XIX
- 440 10. Los kamikazes. Siglo XX
- 531 Notas
- 731 Bibliografía
- 741 Índice onomástico y analítico

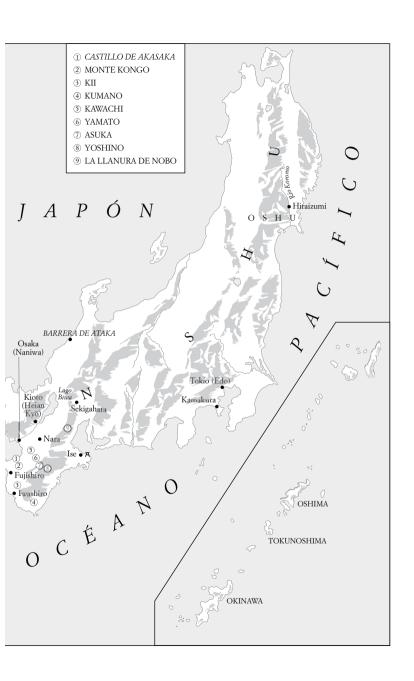
Apéndices

- 753 Glosario
- 781 Cronología general

La nobleza del fracaso

Mapa 1. Japón (sin Hokkaidō).





Dedicatoria y agradecimientos

Yukio Mishima me comentó una vez que la admiración que yo profesaba por la belleza de la Corte japonesa y por el apacible mundo de Genji ocultaba hasta cierto punto el lado más trágico y cruel de su país. Como en los últimos años me he dedicado a estudiar la vida de los hombres de acción, vidas breves y agitadas, marcadas por el esfuerzo, puede que haya conseguido equilibrar un tanto la balanza y por eso este libro está dedicado a la memoria de Mishima. Aunque discrepábamos en muchas cosas, sobre todo en cuestiones políticas, la disensión nunca afectó a nuestra amistad ni hizo debilitar mi admiración por él.

Debo decir que los héroes de la tradición japonesa empezaron a fascinarme durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces me llamaba la atención el particular sentido del fracaso, algo que parecía ir en contra del estereotipo que describía a los japoneses como personas «guiadas» exclusivamente «por el resultado». Sin embargo, hasta 1957, año

en que conocí a Mishima, no empecé a entender su significado psicológico. Dado el éxito que le rodeaba, Mishima admiraba sobre todo a hombres como Ōshio Heihachirō (el vehemente inspector de policía que se suicidó en 1837 al ver fracasar su levantamiento), a los miembros de la Liga del Viento Divino, que fueron masacrados en la sublevación de 1876, o a los jóvenes pilotos suicidas que murieron en la guerra contra los americanos. Esta simpatía natural que Mishima sentía por los perdedores valerosos no representa ninguna singularidad de su carácter, sino que tiene hondas raíces entre los japoneses, pueblo que siempre ha reconocido la gloria especial que depara el sacrificio sincero e inútil.

Y podemos decir que la última actuación del propio Mishima, el 25 de noviembre de 1970 en el cuartel general del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa de Japón en Tokio, se integra a la perfección en el escenario de heroísmo que describen los capítulos que siguen. La razón que dio al declarar que iba a suicidarse fue más quijotesca que las de Ōshio o la de los rebeldes del Viento Divino; y sea cual sea la interpretación que hagamos de los motivos que le llevaron a tomar su decisión, el valor físico y moral demostrado tampoco fue menor. Las generaciones venideras decidirán si Mishima entra a formar parte del catálogo de figuras heroicas o si fue sólo un demente (kichigai) (de acuerdo con la lacónica definición del entonces primer ministro, Sr. Satō), y todo ello dependerá, al menos en parte, del mayor o menor grado con que Japón rompa con su pasado.

Si tenemos en cuenta la adulación y el estallido de nostalgia que surgió entre la población en 1974 cuando el teniente Onoda Hirō regresó de su refugio en Filipinas, tras haber desafiado la realidad de la derrota durante casi treinta años, resulta claro que algunos de los patrones psicológicos tradicionales han sobrevivido a la profunda transformación de la postguerra. Mientras que un periodista occidental describía el caso del teniente Onoda como «ejemplo de locura (del carácter japonés)», uno de los artículos de fondo del *Mainichi Shinbun* alababa su heroísmo, destacando que «Onoda nos demuestra que la vida va más allá de la mera riqueza material y del logro de intereses individuales. También hay que contar con el aspecto espiritual, algo de lo que puede que nos hayamos olvidado». Evidentemente no lo habían olvidado las multitudes que fueron a verlo cuando visitó el santuario Yasukuni y que en silencio sepulcral lo acompañaron, mientras él con la cabeza inclinada rendía un largo homenaje a las legiones de compañeros muertos en la desastrosa guerra de Japón.

Aprovecho desde aquí para agradecer los distintos apoyos que he recibido durante los años dedicados a esta investigación. De particular ayuda han sido las críticas y el ánimo que me infundieron amigos, colegas y corresponsales como el profesor W. G. Beasley, el padre Michael Cooper, el profesor Alvin Coox, Sarah Cumming, el profesor Yoshito Hakeda, Shirley Hazzard, Donald Hutter, el profesor Marius Jansen, Dr. Constance Jordan, Prof. Donald Keene, Karen Kennerly, Arne Lewis, Edita Morris, Muriel Murphy, Peter Nosco, el profesor Moriaki Sakamoto, la profesora Barbara Sproul, el profesor Paul Varley, y el profesor Herschel Webb.

Gracias a la beca concedida por la Fundación Japón pude visitar Kagoshima, Shimabara, el río Koromo y otros lugares en los que mis héroes cumplieron con su aciago destino.

Introducción

En el sanguinario y encarnizado mundo en que vivimos, donde la lucha se orienta a conseguir el dominio y la supervivencia, veneramos el éxito y consideramos héroes a aquellos hombres y mujeres que consiguen lograr sus objetivos. Como la victoria siempre conlleva esfuerzo, el héroe suele pagar con su vida. Sin embargo, tanto quienes sobreviven y gozan de la gloria de sus logros, como un Mahoma, un Marlborough o un Washington, como quienes mueren orgullosos en combate, como los Nelson o las Juana de Arco, ven reconocidos sus esfuerzos y sacrificios, en el sentido más pragmático de la palabra; consideramos que tales renuncias han valido la pena.

También Japón tiene sus héroes victoriosos, desde el primer emperador, Jimmu, que (según cuenta la leyenda) sometió a los bárbaros en el año 660 a.C. y estableció la dinastía imperial que se ha mantenido en el trono hasta nuestros días, pasando por los Cuarenta y Siete *rōnin*, que murieron

con la tranquilidad de saber que habían vengado la deshonra de su señor, hasta el almirante Tōgō (el «Nelson japonés»), que en la guerra ruso-japonesa demostró que un pequeño reino de una isla del Pacífico podía derrotar al poder occidental. En fechas más recientes, científicos del genio de Yukawa o Noguchi han confirmado con sus descubrimientos que los japoneses saben comportarse de la misma manera pacífica y práctica que los extranjeros.

En la compleja tradición japonesa hay otro tipo de héroe: el hombre que desarrolla su carrera profesional normalmente durante un periodo de guerra o de inestabilidad v que representa la antítesis del espíritu del éxito. Es un hombre cuva inquebrantable sinceridad le impide someterse a las maniobras y compromisos que con tanta frecuencia van aparejados al triunfo. Puede que al principio se vea lanzado a las alturas, por su valor v su carácter decidido, pero al estar ineluctablemente ligado al lado perdedor, terminará por caer. Lanzado hacia su patético destino, desafía los dictados de la convención y el sentido común, hasta que al final es derrotado por su enemigo, el «superviviente victorioso», quien a través de prácticas de despiadado realismo consigue imponer en el entorno un nuevo orden más estable. Enfrentado a su derrota, lo habitual es que el héroe se quite la vida para evitar la indignidad que significaría ser capturado; así, reivindicará su honor y realizará una declaración final defendiendo su rectitud. La muerte del héroe no representa un retroceso transitorio que pueda ser recuperado por sus seguidores, sino el colapso irrevocable de la causa que defiende. En términos más prácticos: la lucha ha resultado inútil v en muchos casos contraproducente.

Si bien es cierto que la historia occidental también recoge el legado de grandes hombres que no lograron alcanzar sus metas, no lo es menos que sólo entrarán en el panteón de los héroes *si no se tiene en cuenta* su debacle. Los panegíricos sobre Napoleón rara vez hacen referencia al periodo que siguió a Waterloo; con todo, si Napoleón perteneciera a la tradición japonesa, el cataclismo y sus amargas secuelas integrarían el núcleo narrativo de la leyenda del héroe.

Esta predilección por héroes que no fueron capaces de conseguir sus objetivos concretos resulta sumamente ilustrativa para conocer los valores y la sensibilidad de los japoneses -e indirectamente también los nuestros-. En una sociedad en la que predomina el conformismo, cuvos miembros sienten un reverencial respeto por la autoridad y la tradición, es normal que hombres impetuosos, desafiantes y hondamente sinceros como Yoshitsune o Takamori despierten una particular simpatía. Los demás, la sumisa mavoría, sufren sus aflicciones en la seguridad del silencio, pero se complacen por vía indirecta identificándose afectivamente con estos individuos que libraron desesperadas batallas a pesar de tenerlo todo en contra. Y es más, el hecho de que todos sus esfuerzos sean coronados por el fracaso confiere a sus héroes el patetismo que empaña la vanidad de todas las empresas humanas, convirtiéndolos por ello en los más queridos y los más admirados.

Hasta nosotros, que vivimos inmersos en una cultura que tanto venera el éxito, somos capaces de reconocer la nobleza y el lado conmovedor de aquellos hombres vehementes, extravagantes y desprendidos, cuya pureza de miras les condenó a seguir el arduo camino que conducía al desastre. Mientras que en la historia occidental los héroes suelen ser los vencedores y se nos priva de una tradición arraigada en el fracaso, la literatura desde la *Ilíada* y *Edipo Rey* nos ha familiarizado con el concepto del «héroe como perdedor»; y,

La nobleza del fracaso

sobre todo en tiempos recientes, tendemos a respetar a quienes no pueden o no quieren arrodillarse ante la perra diosa del éxito. «Ahora que se sabe toda la verdad», escribe Yeats a un amigo, cuyo esfuerzo ha resultado en balde:

Calla y acepta la derrota
Que impone la palabra insolente...
Criado para más arduas empresas
Que el Triunfo, aléjate
Y como alegre bordón
Que baila al ritmo de enloquecidos dedos
En un paraje yerto,
Calla y celébralo
Porque de todo lo que existe,
Lo más difícil es esto.

Los hombres que aparecen en este libro pertenecen a siglos y a sistemas sociales muy distintos, no se ajustan a un único patrón de comportamiento ni comparten los mismos ideales; sin embargo, todos fueron criados «para más arduas empresas» y en conjunto nos ofrecen una variada panoplia de derrotas terrenales, de la dignidad que éstas pueden conllevar y de las razones por las que despiertan tantas evocaciones en la tradición japonesa.

1. Yamato Takeru Siglo IV

«¡Oh, pino solitario!¡Oh, hermano!»

El príncipe Yamato Takeru, arquetipo del eterno héroe japonés, solitario y patético, comenzó su carrera de manera poco edificante, asesinando a su hermano gemelo, mayor que él, en un cuarto de baño. Un día lo llamó el emperador Keikō para que se presentara ante él y le explicara por qué su hermano ya no venía nunca a la hora de comer. Como la asistencia habitual a las comidas imperiales representaba un signo de lealtad, el emperador le ordenó que reprendiera a su hermano por desertor.

Pasaron cinco días, pero el hermano mayor seguía sin venir. Su Majestad ante esto preguntó: «¿Por qué lleva tu hermano tanto tiempo sin aparecer? ¿No será que no le has hecho llegar mis instrucciones?». «Yo ya le he avisado», contestó el príncipe. «¿Y cómo le has avisado?» «Por la mañana temprano», dijo el príncipe, «cuando mi hermano fue al baño, yo lo estaba espe-

La nobleza del fracaso

rando dentro. Lo agarré, lo molí a puñetazos, le corté los brazos y las piernas, envolví los miembros en una esterilla y me deshice de ellos».

1 1

A todas luces había sido un severo castigo por faltar a unas cuantas comidas. El emperador Keikō quedó estupefacto ante «la dureza de carácter y el arrojo» de su hijo y para evitar sin duda que se produjeran mayores desgracias en la Corte envió al impetuoso joven a Kyūshū, donde podría emplear su ardor en mejor causa, la de combatir a los disidentes de la tribu kumaso.

Este joven que había entrado en escena con un acto de violencia tan furiosa moría catorce años más tarde en una solitaria llanura, como figura romántica y melancólica. Derrotado en su última batalla, había perdido todo deseo de seguir viviendo. Y es esta imagen final de Yamato Takeru la que más ha calado en la sensibilidad del pueblo japonés y la que le ha valido el reconocimiento de héroe primigenio, frente a la «dureza de carácter v el arrojo» que lo caracterizaron de muchacho o sus posteriores éxitos militares, que se vieron con frecuencia empañados por el engaño y el afán de venganza. El contraste entre la ferocidad que marcó el comienzo de la carrera de Yamato Takeru y la naturaleza suave y poética de sus últimos tiempos confirman algo que va estaba claro desde las crónicas: este héroe multifacético no representa a ninguna figura histórica en particular, sino a un personaje complejo que se ha erigido en centro de todo un ciclo de leyendas. Las Crónicas de Japón fijan la fecha de su nacimiento en un año que se corresponde en el calendario occidental con el 73 d.C. y describen su travectoria durante las tres décadas siguientes, como si se tratara de un verdadero miembro de la familia imperial que libró

con éxito una serie de brillantes batallas contra los enemigos de la Corte, hasta que fue derrotado en la provincia de Ōmi, muriendo en la llanura de Nobo el año treinta del reinado del emperador Keikō. En realidad su historia refleja la suerte sufrida por numerosos comandantes que murieron en combate mientras intentaban subvugar a las tribus disidentes en Kyūshū v los distritos orientales a los que habían sido enviados desde Yamato. Esto no ocurrió realmente en el siglo I, sino en el IV d.C., el llamado «siglo de las inscripciones enigmáticas» de la historia japonesa. Fue una época de desórdenes y altercados, marcada por crueles combates librados en las provincias y por el denodado esfuerzo que realizaba el clan dirigente, establecido en la región de Yamato, por consolidar el control de la población de las principales islas de Japón. A partir de numerosas fábulas y tradiciones que surgieron durante este nebuloso periodo y a partir también de un conglomerado de mitos, poemas, levendas y diversas influencias literarias de origen chino, fue conformándose la figura de «el Valiente de Japón», al que las crónicas presentan como el más grande hombre del momento.

En ciertos aspectos, Yamato Takeru simboliza el típico héroe popular que encontramos en casi todas las culturas, rozando los límites que separan la historia y la leyenda. Pero Takeru posee un interés particularmente japonés, y por eso es tan útil estudiar su leyenda, para introducirnos en la mística del héroe derrotado. Si ensamblamos los fragmentos que aparecen diseminados en las crónicas, nos encontramos ante una persona verídica que vivió, sufrió y murió realmente hace dieciséis siglos. Gran parte de la historia encaja en el paradigma sobradamente conocido del héroe universal y legendario, que aparece de modo re-

1.3

12

currente en todos los siglos y en todos los países. Sin embargo, en ella hallamos también variantes significativas, sobre todo al final.

14

1.5

1.6

El padre del héroe, Keikō, fue uno de los emperadores semihistóricos que reinó durante el turbulento periodo de consolidación. En las listas aparece mencionado como duodécimo emperador de Japón (Hirohito, padre del actual emperador, que en teoría descendía directamente de aquél, ocupaba el número 124); pero como la mayoría de los primeros gobernantes, su figura permanece rodeada de sombras y aunque dicen que reinó durante sesenta años y que alcanzó la venerable edad de los 106, no se sabe apenas nada sobre su carácter ni sobre sus verdaderos logros.

La mayor hazaña que se le atribuye al emperador Keikō es la de haberse casado con su propia tataranieta. Tal proeza genealógica se produjo al tomar por esposa a una princesa que era bisnieta de su hijo, Yamato Takeru. Keikō tuvo ochenta hijos, dos de ellos varones gemelos, el más joven de los cuales llegaría a ser el famoso Yamato Takeru. Los gemelos «nacieron el mismo día de la misma placenta». Impresionado por tal acontecimiento, el emperador se subió a un enorme mortero de arroz de palacio y lo anunció a la Corte: de ahí que los descendientes recibieran los nombres de Ōusu («Gran Mortero») y Ousu («Pequeño Mortero»). El Príncipe Ōusu resultó ser un chaval desobediente, cuya vida se truncó de manera intempestiva. Por lo que se refiere al más joven de los gemelos, las crónicas cuentan que «de niño gozaba de un carácter valiente y cuando alcanzó la madurez llamaba la atención por su sublime belleza». El futuro héroe era altísimo y tenía tanta fuerza que -la hipérbole procede de China- era capaz de levantar un inmenso trípode sin ayuda de nadie.

24

Cuando tenía quince años, el príncipe Ousu fue enviado a la región occidental para combatir a los kumaso. La palabra «kumaso», como «emishi», utilizadas para hacer referencia a los primitivos habitantes de las provincias orientales y septentrionales, son términos generales que designaban a los miembros de ciertas tribus primitivas. Aunque pertenecían a la misma rama étnica que la mayoría de la población japonesa, vivían concentrados en regiones remotas y al llevar tanto tiempo apartados de las corrientes de desarrollo cultural, se les consideraba extraños o aborígenes a los que había que civilizar y someter al control de los poderosos clanes de Yamato. Las campañas contra estas tribus de hombres rudos e hirsutos comenzaron durante el periodo semilegendario de Yamato Takeru v continuaron realizándose durante cuatro siglos hasta que consiguieron asimilar, pacificar o exterminar a todos sus miembros, en torno al año 800 d.C.

La primera victoria del héroe frente a los kumaso ilustra el lado «triunfal» de su trayectoria. Antes de partir hacia el oeste, el joven héroe visitó a su tía, la suma sacerdotisa del Gran Santuario de Ise, quien le dio un vestido, una falda y una espada.

Cuando llegó a la casa del Valiente de los kumaso, vio que estaba rodeada por tres clases de guerreros que se habían atrincherado en una bodega excavada junto a la muralla. Había mucho ruido y mucha algarabía, porque estaban a punto de celebrar una fiesta por haber terminado la bodega y la gente estaba preparando la comida del banquete. El héroe deambuló por los alrededores de la cueva, esperando el día de la celebración. Llegado el momento, se soltó el pelo y se peinó la melena hacia los lados dejándola caer sobre los hombros, como si fuera una jo-

1.7